



MISSIÓ PERMANENT DEL PRINCIPAT D'ANDORRA A LES NACIONS UNIDES

*61EME SESSION DE L'ASSEMBLEE GENERALE DES NATIONS UNIES
61A SESIÓN DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS
61ST SESSION OF THE GENERAL ASSEMBLY OF THE UNITED NATIONS*

DISCOURS DE S.E. M. ALBERT PINTAT
PRESIDENT DU GOUVERNEMENT DE LA PRINCIPAUTE D'ANDORRE

DISCURSO DEL EXCMO. SR. DON ALBERT PINTAT
PRESIDENTE DEL GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ANDORRA

STATEMENT BY H.E. MR. ALBERT PINTAT
PRESIDENT OF THE GOVERNMENT OF THE PRINCIPALITY OF ANDORRA

New York, jeudi le 21 septembre, 2006
Nueva York, jueves 21 de septiembre de 2006
New York, Thursday, September 21st, 2006

*Original in Catalan
Text in French, Spanish and English*

*Verifier a l'audition
Check against delivery*

Sra. Presidenta,
Sr. Secretario general,
Excelencias,
Señoras y señores,
Distinguidos delegados,

Hace ahora una década, se anunció que con el final de la guerra fría habíamos llegado al “fin de la Historia”. Con los años, esta visión ha quedado desmentida. La mayor parte del mundo y, en particular Occidente, no se preocupaba del poderoso sentido de la injusticia que compartían muchas personas y pueblos en todo el mundo.

Aquello de lo que hemos sido testigos con una mezcla de horror, compasión e inquietud durante los últimos diez años, ha sido del retorno de la historia. El desplome de las Torres gemelas, las guerras en Afganistán, Irak y Líbano, los atentados de Madrid y Londres han hecho tambalear los fundamentos del estado secular. Se ha dicho que estos acontecimientos representan un “choque de civilizaciones”, interpretación simplista de la división reductora y sobretodo equivocada entre el norte y el sur, Occidente y Oriente, cristianos y musulmanes.

Los momentos de mayores logros en la historia de occidente fueron el resultado de un proceso complejo de intercambio cultural entre Oriente y Occidente. La libre circulación de las ideas fomentaba la innovación y los avances en la comprensión. Por consiguiente, hemos de rechazar la mentalidad que se fundamenta en el choque entre “nosotros” y “ellos”. Quizás estemos viviendo una lucha turbulenta y sanguinaria entre fuerzas de extremismos —presentes tanto en Oriente como en Occidente— y la tolerancia secular y laica que, afortunadamente, también se manifiesta en todo el mundo.

Señoras y señores,

Andorra es un viejo país con las mismas fronteras desde 1278. Nuestra historia es una historia de supervivencia. Ya existíamos cuando los cátaros huían del poder de la Primera Cruzada para buscar refugio en las montañas de los Pirineos. Hemos sobrevivido a la Revolución francesa, a la guerra civil española y a la Segunda Guerra Mundial.

Las lecciones de la historia confirman que el poder pide moderación. Nuestras experiencias nos han enseñado —y una vez más, las últimas semanas han reforzado esta cara lección— que el despliegue del poder militar, destinado a impactar e intimidar, no puede por sí mismo aportar el resultado deseado.

Excelencias,

Señoras y señores,

Es una paradoja que en este momento en que la necesidad de un debate civilizado entre los pueblos es más patente que nunca, algunos consideren intrascendente la gran institución de las Naciones Unidas. Sin duda hay que continuar el proceso de su reforma. Pero como idea, este lugar es el sólido pilar de la esperanza. Como agencia humanitaria, con una multitud de programas sociales, el trabajo de Naciones Unidas es inestimable. Como foro para un discurso racional comprometido con el diálogo mundial, su tarea es absolutamente necesaria.

Aquí es donde podemos intentar entender y interpretar correctamente la encrucijada histórica en la vivimos. La ONU encarna la conciencia moral del mundo, el principio universal de la equidad y marca el camino del desarrollo, de la solidaridad y de la protección de los derechos y la dignidad de las personas. La violencia y el incremento del extremismo religioso han alterado el mundo. Todos somos presa de la inquietud sobre el futuro del estado secular. No obstante, la misma idea del estado nación constituye el centro de muchos de nuestros problemas. Nos anima a pensar en la retórica del “nosotros” contra

“ellos”, de los identitarismos excluyentes, de los etnocentrismos desprovistos de horizontes. Acentúa el abismo cada vez mayor entre ricos y pobres que trasciende países, naciones e incluso continentes. Deja de lado el hecho de que la mayoría de las personas del planeta sólo aspiran a tener aquello que les permita vivir bien y gozar de la vida. Además, los estados, en particular aquellos con fronteras que reflejan el legado del colonialismo, se han constituido a menudo sin tener en cuenta las religiones o el origen étnico de sus habitantes. La guerra civil que envuelve algunos países es solo un ejemplo de las enormes dificultades que conlleva la construcción artificial de dichos estados.

No tenemos que olvidar que, históricamente, Occidente nunca ha sido un gran ejemplo de tolerancia religiosa. Más bien al contrario, podríamos citar la expulsión de los judíos de Inglaterra en el siglo XII o recordar la gran conversión forzada de los musulmanes y de los judíos después de la caída de Granada en 1492, la inquisición o la persecución de los hugonotes de Francia durante el siglo XVI. En ciudades como Jerusalén o Teherán — musulmanes, judíos y cristianos coexistían al comienzo del siglo XX. Estos grandes centros cosmopolitas florecieron en un ambiente de tolerancia religiosa.

El significado original del término secular describía aquellas órdenes religiosas abiertas al exterior, al mundo. En el siglo XVI, una nueva noción de tolerancia expresaba la voluntad de aceptar diferentes iglesias protestantes en ciudades del norte de Europa. Pero la formación de nuestra noción moderna de tolerancia, en la que todos los pueblos de todas las creencias podrían vivir juntos, requirió siglos. Curiosamente, esta historia ha sido olvidada por quienes entienden el secularismo como oposición a la fe. La noción de secularismo nunca ha sido opuesta a la religión como tampoco lo es la noción fundamental de la laicidad. No mezcla cuestiones de fe con cuestiones científicas, ni políticas ni busca destruir la libertad de conciencia del individuo.

El secularismo, por consiguiente, reconoce la vulnerabilidad compartida de la raza humana. La fe se enseña pero no se impone. Nunca puede recurrir a las coacciones o violencias y tiene que convivir con la laicidad. El humanismo universal conlleva el respeto sincero a los otros en su diversidad. Ciertas creencias a menudo son capaces de dominar el

racionamiento político a causa de algún grado de absolutismo estatal. Entrar en una autocrítica fundamental y continuada tanto de los motivos nacionales como de las oportunidades internacionales es la base moral del estado secular laico.

Excelencias,

Señoras y señores,

El don de la tolerancia radica en la habilidad de escuchar, escuchar de verdad y en intentar entender.

¡Escuchar y aprender no es un acto de debilidad! Al contrario, el deseo de venganza del extremista es lo que representa una fatal debilidad. Una y otra vez en el curso de la historia, admitimos que un espíritu poderoso precede a una derrota. Y hace poco vimos con consternación los resultados catastróficos de la campaña de despliegue de fuerzas militares poderosas contra determinadas guerras de guerrillas.

Muchas de las dificultades del mundo actual provienen de los viejos problemas y irresueltos o mal planteados. Pero la retórica de la violencia que recorre el mundo socava la posibilidad de una solución duradera y aumenta las líneas de la fractura. Tenemos que mirar más lejos para vernos los unos y los otros como vecinos globales que necesitan mutuamente. En el Oriente medio debemos reconocer tanto el deseo de Israel de tener un país seguro como el deseo de Palestina de tener un país viable.

Andorra es tributaria de una región del mundo que fue un lugar de encuentro, de intercambio de ideas y de prosperidad compartida; el Mediterráneo. Hoy este mar se ha transformado en una frontera y un lugar de tensión: los Europeos tenemos que saber contribuir de nuevo a su transformación en aquello que representó; una cuna de civilizaciones y valores, de Roma a Bizancio y de Atenas a Tánger.

Excelencias,

Señoras y señores

Andorra, como otros pequeños estados ha confiado durante largo tiempo su en su aislamiento para sobrevivir. Pero en este mundo global, las montañas ya no nos protegen. El mundo actual es heterogéneo, mutante, imperfecto falto de una visión de conjunto: no resiste las formulas sencillas y colores monocromáticos. Las inquietudes y los conflictos internacionales nos conciernen. Los objetivos del Milenio que debatimos aquí con tanta esperanza en esta asamblea corren el peligro de desvanecerse y de convertirse en un recuerdo distante. ¿Hay que culpar de ello a Naciones Unidas? No demos la espalda a la inmensidad de personas cansadas de sufrir que ven en la ONU la única esperanza que les queda y pasemos del tiempo de las promesas a la hora de las realidades. Demos-le audiencia y acogida.

Debemos reconocer que colectivamente *nosotros* somos Naciones Unidas. Juntos representamos a las personas del mundo. Estamos perjudicando a nuestra gente si no trabajamos para hacer de Naciones Unidas una organización eficaz. Si avanzamos ciegamente, preocupándonos sólo por nuestro interés nacional, traicionaremos su confianza. El multilateralismo que todos juntos encarnamos aquí en este prestigioso hemisferio es el camino para las soluciones que el mundo reclama. No seamos autistas políticos, reforcemos juntos a las instituciones democráticas, la lucha contra la miseria, el analfabetismo, la corrupción, las guerras y las enfermedades. Esta es la gran causa común que nos permitirá superar el déficit de exigencia ética colectiva que el mundo padece.

Cuando las personas carecen de comida, justicia y libertad, solo les queda una solución: buscar una vida mejor por cualquier medio, más allá de las fronteras de su país de origen. Las migraciones a las cuales estamos asistiendo des de los países pobres a los países ricos, muchas veces acabando a menudo en tragedia en alta mar golpean nuestra conciencia. No es suficiente erigir barreras que nunca funcionarán: la desesperación de los inmigrantes es demasiado grande. Todos deberíamos saber dar respuesta a la desoladora orfandad de miles de seres humanos en especial en el África Subsahariana, que temen a la muerte que les

amenaza intentando llegar a la vieja Europa, porque su vida y la de sus familias, en su lugar d'origen, les es demasiado insoportable.

El grave problema de la inmigración necesita una actuación global y concertada. Solo podremos afrontarlo juntos si desde las Naciones Unidas sabemos encontrar los medios humanos y materiales de acuerdo con los compromisos que aquí hemos contraído, para mejorar las condiciones de vidas de millones de personas que legítimamente se sienten cruelmente y desesperadamente excluidas. Como dice Juan Goytisolo, el mundo es la casa de los que no tienen casa. La ONU sí que debe ser sin duda alguna su casa.

En este sentido, Andorra ha querido subrayar su compromiso con la ONU y el desarrollo firmando anteayer un convenio con UNICEF a través del cual destinará un millón de Euros durante 5 años para asistir a los niños con SIDA en el Camerún. Este programa ha sido concertado con el comité nacional andorrano de UNICEF el cual por su parte aportará medio millón de Euros durante el mismo período.

Excelencias,

Señoras y señores Muchas gracias.

Hoy el mundo es peligroso, es cierto. Pero aún hay una inmensa esperanza que brilla y nos estimula. Sabemos que no hay respuestas absolutas a los problemas de nuestras sociedades y que nuestras vidas, las de todos los seres humanos, son ínfimamente perfectibles. No abandonemos el deber de interpelarnos y de responder con valentía a las grandes preguntas del mundo actual. Pero la fuerza más grande que tenemos son las ideas, que son el motor del progreso de nuestra civilización. La democracia, el bienestar compartido, la tolerancia, el imperio del derecho, el respeto de los derechos humanos y la defensa de las libertades fundamentales de la persona. Estas son las mejores armas contra el absolutismo y las inequidades. Es aquí en la ONU, el lugar correcto, para hacer oír nuestras voces y defender estos principios.

Mis últimas palabras son para agradecer a nuestro Secretario general, Kofi Annan, su excelente tarea durante estos complicados años. Señor Kofi Annan, Andorra le felicita y le agradece todo lo que usted ha hecho para mantener y aplicar la carta de las Naciones Unidas. Todos los Andorranos le manifestamos nuestra estima.

Muchas gracias.